

SADE: UNA DECONSTRUCCIÓN DEL CUERPO ILUSTRADO

Es ahora, querido lector
cuando hay que preparar tu corazón
y tu espíritu al relato más impuro
que jamás ha sido hecho desde que el
mundo existe.

SADE, *Las 120 jornadas de Sodoma*.

INTRODUCCIÓN

El sueño del hombre ilustrado es el famoso *sapere aude*, que versa: "Atrévete a saberlo todo". Pero Sade formula otro tipo de reto, que invertirá, desviará y pervertirá el lanzado por Kant. Sade dirá: "Atrévete a decirlo todo", o sea, atrévete a leerlo todo, querido lector. Sólo estará dicho todo cuando se escuche el suplicio antes de llevarse a cabo en el cuadro de la representación. Atrévete a decir todo lo que eres como hombre o lo que puedes llegar a ser, mira la mente compleja de la naturaleza humana; en otras palabras: mírate a ti mismo, como parodia del piensa por ti mismo cartesiano; mírate en el espejo de la representación, de la objetivación, mira el rostro negado, velado por la luz ilustrada. En *Las 120 jornadas de Sodoma*, Sade mostrará al deseo y a la imaginación del hombre en su parte más retorcida y extrema, tomando como punto principal de sometimiento al cuerpo, en tanto que lugar donde se ejerce el poder como blanco de ataque, como presa que se doma, que se marca y estigmatiza, que se desarticula y se recompone. Cuerpo forzado a producir y obligado a cumplir con ciertas ceremonias. Sade escenógrafo denuncia el poder, lo desenmascara, haciendo mofa pública de él en las puestas en escena en que par-

ticipan los internos de la institución psiquiátrica en que está internado. Sade es lo que Foucault considerará en *La microfísica del poder* un intelectual crítico o específico: ser un poco la conciencia de todos. (Foucault, 1992: 193-199)

I. EL CUERPO COMO TEXTO

En Sade, el cuerpo pertenece a la escritura. Es un cuerpo novelesco compuesto de elementos orgánicos y de elementos sociales; cuerpo teórico que obedece a un modelo peculiar e irrespirable por momentos en forma de narración cifrada. Narración de denuncia que responde a un código de retórica personal. La novela de Sade obedece al deseo de decirlo todo; decir lo que el hombre y su imaginación son o pueden llegar a ser partiendo del análisis corporal; iluminándolos y mostrándolos para no dejar nada oculto. A ello debe Sade su libertinaje, su transgresión, su verdadero complot y radicalismo; su verdadera rebeldía mental, su poder soberano —que todo individuo detenta— y que Sade no cede para no contribuir a la constitución de un poder político al que detesta. Albert Camus dirá:

Históricamente, la primera ofensiva coherente es la de Sade, quien reúne en una sola máquina de guerra, los argumentos del pensamiento libertino hasta el cura Meslier y Voltaire. Su negación es también, no es necesario decirlo, la más extremada. Sade no saca de la rebelión sino el no absoluto. Veintisiete años de prisión no forman, en efecto, una inteligencia conciliadora. Un encierro tan largo engendra criados o matones, y a veces, en el mismo hombre, los dos. Si el alma es lo bastante fuerte para edificar en pleno presidio una moral que no sea la de la sumisión, esa moral será la mayoría de las veces de dominación. Toda ética de la soledad supone el poder. A este título, Sade es ejemplar en la medida en que, al ser tratado de una manera atroz por la sociedad, reaccionó él también de una manera atroz. (Camus, 1998: 38)

El libertinaje mental de Sade es la superación de lo fisiológico por la imaginación y el deseo. Sade no

calla lo que la filosofía ilustrada quiso pasar inadvertido, mostrándonos sólo al hombre virtuoso y bello de las luces, al hombre bueno por naturaleza, al individuo creado por el efecto del poder del siglo XVIII. En su obra, Sade predica la libertad del crimen, justificada por la naturaleza y la tiranía del vicio sobre la virtud como norma de moralidad. La moral de Sade es rara y escalofriante, pues es la imagen retorcida o el negativo del iluminismo. Ante los ojos de Sade, ante su lógica, toda acción violenta contra el hombre virtuoso es buena. Su lógica es la de un universo sin ley, donde la idea de divinidad es en todo caso la de un criminal que destruye al hombre y lo niega. En este sentido, el homicidio es un atributo de Dios y esto, dice Sade, puede corroborarse en la historia de la religión. “¿Quién pretenderá hacer resaltar la virtud si no destaca con firmeza los rasgos del vicio de la que está rodeada?” (Beauvoir, 2000: 55). El instinto sexual: el grito de la naturaleza, es un poder que destruye, pues para Sade la naturaleza es sexual. Su libertad no es la de los principios, sino la de los instintos. Esto no quiere decir que Sade estuviera fuera de los efectos del poder ilustrado, pues él mismo es un espíritu producto de la era ilustrada; pero sí quiere decir que no se sentía atrapado por el poder. “Que no se puede estar ‘fuera del poder’ no quiere decir que se está de todas maneras atrapado” (Foucault, 1992: 181). Descartes, claro ejemplo de esa era, señala, en las primeras páginas del *Discurso del método*, a la razón como lo mejor repartido en el mundo. Descartes no estaba tan equivocado en esta afirmación, ya que, si entendemos a la razón como el binomio poder/saber, tenemos que aceptar la tesis de Foucault (1992) de que el poder, en cierta medida, es lo mejor repartido en el mundo, ya que circula horizontalmente en el cuerpo social y biológico como una red capilar. Para Foucault, el poder lo llevamos en el cuerpo como un estigma, pues lo atraviesa, en el sentido de que el poder está y viene de todas partes; es decir, todos lo ejercen y, al mismo tiempo, todos lo padecen. Entonces, el poder es acción de la crueldad sin límite que se goza, pero que también nos conduce a la autodestrucción. Esta vigilancia

panóptica del poder del siglo XVIII aprendió a confeccionar historias, a establecer anotaciones y clasificaciones contables de los datos individuales; es decir, a hacer una cuadrícula disciplinaria de la sociedad. En este sentido, Sade elaborará "una Carta Magna al revés, una ley constitucional demoledora de todos los derechos y libertades humanas". (Sánchez Paredes, 1974: 91)

II. EL CASTILLO DEL CUERPO

El cuerpo del que nos habla Sade es el cuerpo de un mundo artificial; el libro como un universo obturado; el castillo de Silling, el del régimen disciplinario, depósito de víctimas recluidas en una organización racional diseñada de cabo a rabo y a conciencia como máquina efectiva, campamento o club antisocial para el lavado de cerebros, que nos hace pensar en *las instituciones totales* de Erving Goffman (2001: 18-19), como el hospital psiquiátrico, la escuela, la fábrica, el convento, el cuartel militar, el internado, la prisión, etcétera; sitios de poder de donde proceden saberes acerca del cuerpo: saberes fisiológicos y orgánicos para su coacción o represión. El *poder* de los libertinos, retomando a Foucault, se vuelve un *saber* que se instaura como régimen de verdad; se trata de un binomio vinculado dialécticamente que legitima la exclusión, el dominio de los otros y la punición. En este sentido, el libertino sadiano es el anatomista inmediato del sufrimiento, el prolongador del dolor y la lenta agonía. Su función despótica, reflejo del régi-

men feudal, es retraer la vida al dolor y la muerte al suplicio del cuerpo, destrozando parte a parte cada extremidad y, en ocasiones, volver a coserla, como efecto infinito de poder del hombre soberano.

Las 120 jornadas de Sodoma es un teatro que ofrece un magnífico espectáculo de horribles e infinitesimales carnicerías, del cruel placer de castigar, del arte y la técnica



del castigo feudal: anatomía ritual del suplicio y también toda una economía, al modo capitalista, de cada uno de los castigos. En la obra, el dolor corporal se ilumina con

las humillaciones y prácticas punitivas. El soberano de Silling imprime su marca en el cuerpo del interno, donde deja caer los efectos de su poderío, pues es parte de su propiedad.

La Desgranges se acerca, Durcet, amigo de estos excesos, ayuda al presidente a desnudarla. Al principio, ella pone algunos reparos; no se la creen, la riñen por ocultar una cosa que la hará más querida en la sociedad. Finalmente, aparece su espalda marcada y muestra, con una V y una M, que ha sufrido dos veces la infamante operación cuyos vestigios inflaman, sin embargo, de manera tan absoluta los impúdicos deseos de nuestros libertinos. (Sade, 2003: 133)

III. SILLING O EL ESTADO INVERTIDO

Silling es una contra-ciudad, y por ello, ciudad perfecta, utópica en el sentido de que el encierro es perfecto. Silling es la máquina humana como emblema sublimado del trabajo que tiene por función darle trabazón al placer. Es una máquina multisegmentaria, pues cada trozo del cuerpo es un engrane de la vida aniquilada y vuelta a comenzar en los muros terribles que atrapan a las almas buenas y virtuosas para hacer de su existencia un infierno anticipado en la tierra –curiosamente la última parte de *Las 120 jornadas de Sodoma* se titula de esta manera, “Infierno”–. Silling es el adiós al mundo objetivo, al mundo como representación, pero asimismo, el comienzo de otro tipo de representación objetivada, sólo que de manera invertida. El universo de Sade es una representación dentro de otra representación; es el deseo de transgredir la representación pura de la época clásica para crear otro tipo de representación, que sólo crea una especie de dobles al invertir la razón que Foucault llama la *sinrazón*.

Sade, estaba o pretendió estar en el afuera situándose en el límite de la razón por el deseo al transgredirla y entrando en la sinrazón: en la imaginación desbordada, sin límites, y sin estar realmente alienado (como lo juzgo la historia). “La felicidad no consiste en el goce, consiste en el deseo,

en romper los frenos que se oponen a este deseo” (Sade, 2003: 158).

El castillo de Silling es una comunidad exótica de un separatismo recalcitrante. Es el Estado invertido, donde los monstruos, anormales e infradotados, son los hombres virtuosos; mientras, por otro lado, los hombres sensatos y normales son los perversos e inadaptados; es decir, el *cuadrumvirato* de libertinos. El castillo donde se lleva a cabo la representación es armadura omnipotente, el corazón mismo de la ley retorcida; ciudad de los castigos; ciudad de la representación multicolor que asegura un escenario y un público entusiasta. Silling es la ciudad de la crueldad en una puesta en escena de decorativos barrocos; museo del orden desordenado donde cada castigo es monótono sin dejar de ser diferente. Ningún castigo se repite, porque los castigos nunca se agotan. Es un eterno e infernal retorno a los mismos crímenes, pero diferentes. “El universo sadiano es un mundo de la reiteración sin fin, pero esta incansable repetición se sitúa en niveles diferentes y múltiples. El personaje libertino busca desesperadamente, por la repetición de sus actos, alcanzar un absoluto que siempre se le escapa” (Didier, 1997: 136). El castillo es un teatro artificial, un pueblo dentro de otro pueblo, con sus habitantes y costumbres; es un “Estado dentro de otro Estado” (Didier, 1997: 28).

IV. LA COMUNIDAD SADIANA

Las 120 jornadas de Sodoma señala un episodio histórico de la barbarie de los siglos y de los países, como prueba de la débil influencia de la razón y de la religión sobre el cuerpo humano. El castillo de Silling “es el santuario no de la depravación sino de la ‘historia’” (Barthes, 2001). Las víctimas de Silling están aisladas del mundo, despiertan a una segunda naturaleza, a un nuevo engranaje institucional; viene su ruptura con el pasado y empiezan a desechar las vestiduras de su antiguo yo virtuoso. La virtud, en este nuevo orden lógico, es considerada un estigma infamante. “Un hombre virtuoso es antinatural” (Sánchez Paredes, 1974: 62).

Las vestiduras del antiguo yo son arrancadas a tirones por los libertinos, creando en los internos un sentimiento de abandono y de mutismo, como efectos de su nueva condición y posición oficial; configuración de una nueva persona, de un carácter determinado que vive en una sociedad determinada, es decir, disciplinaria: obligación de ser. El interno debe ajustar gradualmente su

conducta a la norma de la casa; a habituarse a los horribles castigos, pues en los muros del castillo nacerán pintorescos días de espanto en una gran fiesta familiar. Hombres encerrados en una rutina diaria administrada formalmente. El ingreso a este gran internado del castillo no voluntario, ya

que las víctimas son secuestradas por los libertinos, unos mediante la fuerza y otros con hábiles engaños y mentiras que proporcionan a aquéllas ese mundo nuevo de puertas cerradas, altos muros, acantilados, ríos, bosques y pantanos. Ante esta in-

mensidad, las víctimas tienden a sentirse inferiores, débiles, censurables y culpables durante cada uno de sus días programados para su nuevo estilo de vida.

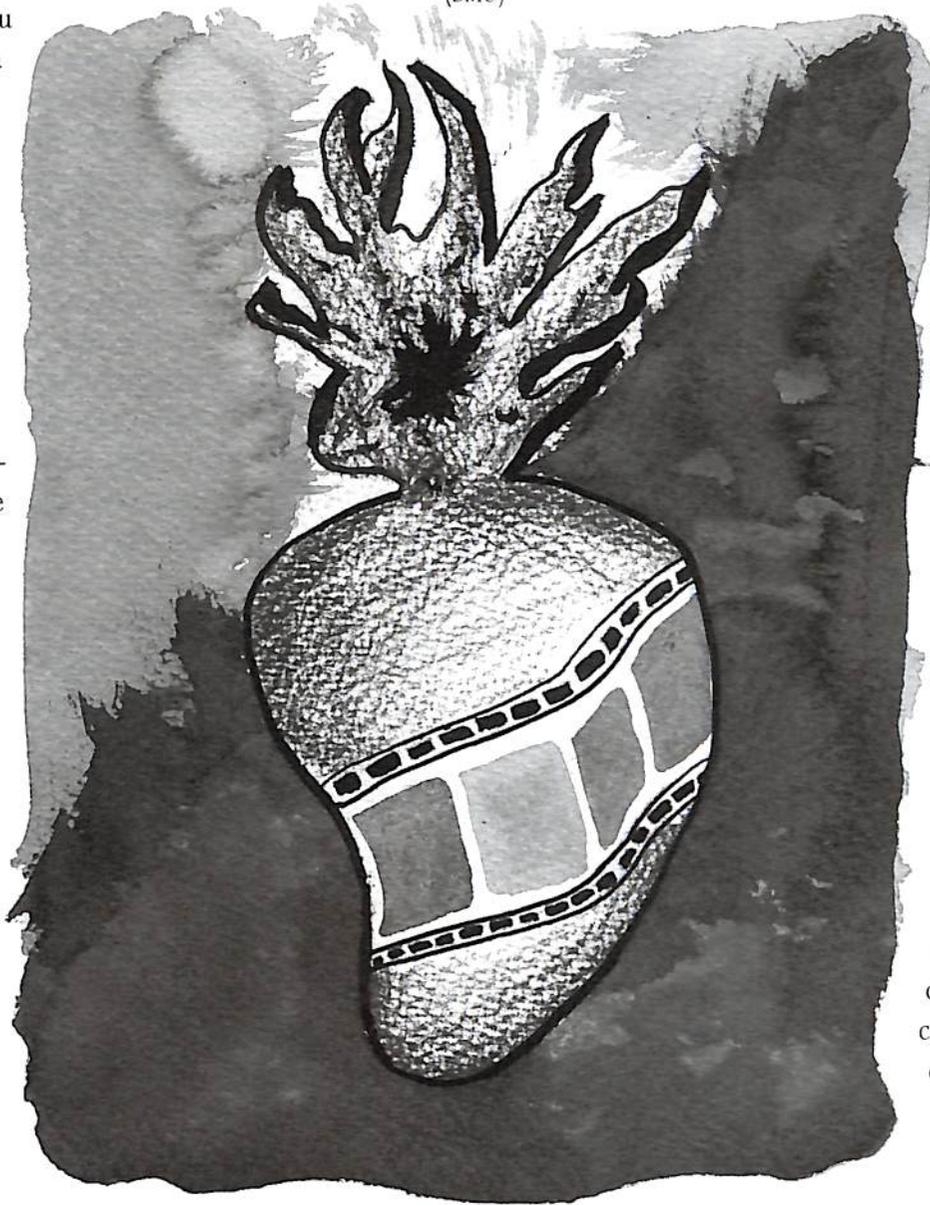
Para las víctimas el mundo de los de afuera es el paraíso perdido. Es el mundo de la exclusión y el despojo de su propio yo, que los convierte en los

sujetos obligados a una rutina, y rodeados por el muro que se levanta entre ellos y el exterior como marca de la primera mutilación del yo: separación entre las víctimas y el mundo que afirma su muerte civil. Preparación, programación, modelación y clasificación; combinatoria de transformación del sujeto para introducirlo

en la maquinaria que lo

transformará paulatinamente, consuetudinariamente en un personaje dócil. Quien se resista recibirá, diferentes tipos de castigos humillantes: desde el maltrato psicológico hasta la agonía más dolorosa y prolongada. El interno de Silling es puesto en ridi-

(SMO)



culo o sometido a humillaciones innecesarias en cada momento, obligado a limpiar las inmundicias de los otros o a limpiar el culo de sus amos: "Constanza, una de las más mortificadas de todas las esposas en *Las 120 jornadas de Sodoma*, viendo que no tiene otra posibilidad, limpia con su lengua el orificio anal de su esposo. Y la pobre criatura, demasiado acostumbrada ya a esos horrores, los ejecutaba como una esposa juiciosa y cumplidora de su deber. ¡Ah... Gran Dios, qué es lo que no pueden lograr el temor y la esclavitud!" (Carter, 1981: 153-154). Nueva condición humana. Corte que aísla los roles del pasado. Sujetos condenados a nunca más volver a ver el cielo que ultrajaron con su estúpida virtud y a no habitar la tierra que han mancillado con sus hipócritas leyes. Los muros de Silling son muros del poder y la riqueza; cuidadosamente obturados e infranqueables, encierran el trabajo misterioso del castigo como figura monótona del despotismo feudal. Los amos del castillo son los directores de escena que ejercen una función correctiva y reformadora con el trabajo obligatorio, donde es permanente la observación panóptica de los individuos, y la conducta de éstos, registrada. Pero en Silling existe también la inversión ritual de los roles, y los amos sirven a sus esclavos desempeñando actividades propias de las víctimas.

Despojados de su apariencia acostumbrada, desfigurando gradualmente su cuerpo, las prendas les serán quitadas para vestirlos con ropas propiedad de la institución del castillo, a fin de contribuir a su deterioro personal con las detalladas mutilaciones de los cuerpos. Los internos tienen la obligación de decir "monseñor" cada vez que se les dirige la palabra. "Las muchachas deberán como norma general arrodillarse siempre que vean o encuentren a un amigo, y así permanecerán hasta que se les diga que se levanten. Sólo ellas, las esposas y las viejas estarán sometidas a estas leyes. Se dispensa de ello a todo el resto, pero todos estarán obligados a llamar siempre monseñor a cada uno de los amigos" (Carter, 1981: 55). Su cuerpo, una vez en las entrañas del castillo, ya no les pertenece. Inicia así la mutilación y la disolución de la conciencia del yo.

En Silling se violan los límites personales, se profana la encarnación del yo con marcas de identificación étnica, con torturas como la intoxicación provocada o como la alimentación para infectar el aparato digestivo.

Duclos, que había oído disertar a los señores sobre el nuevo régimen anteriormente indicado, y cuyo objeto era que la mierda fuera mucho más abundante y más delicada, les dijo que, siendo unos aficionados como ellos eran, le sorprendería verles ignorar el auténtico secreto para conseguir unas cagadas muy abundantes y muy delicadas. Interrogada respecto a la manera como debía hacerse, dijo que el único medio era provocar inmediatamente una ligera indigestión en el sujeto, no por hacerle comer unas cosas contrarias o malsanas, sino obligándole a comer precisamente fuera de las horas de las comidas. (Carter, 1981: 247)

No hay posibilidad de intimidad alguna, de confraternizar; el régimen del silencio es obligatorio. No es posible hablar, lo cual hace que los internos renuncien a su volición.

Todo sujeto que se niegue a cosas que le sean pedidas, aunque esté en la imposibilidad de cumplirlas, será castigado muy severamente: a él le correspondía preverlo y tomar sus precauciones. La menor risa, o la menor falta de atención, o de respeto y de sumisión, en los juegos de libertinaje, será una de las faltas más graves y más cruelmente castigadas. Todo hombre sorprendido en flagrante delito con una mujer será castigado con la pérdida de un miembro cuando no haya recibido la autorización de disfrutar de la mujer. (Carter, 1981: 59)

El hombre de Silling es un hombre programado, construido y que pertenece a un grupo hegemónico de retardados, inútiles y pobres de espíritu, que pueden ser explotados libremente.

En la novela de Sade, el cuerpo tiene un funcionamiento meramente textual y se sitúa a finales de la llamada época clásica. Michel Foucault, en este sentido, dirá: "La época clásica practica el encierro. Encierra a los depravados, a los padres disipadores,

a los hijos pródigos, a los blasfemos, a los hombres que 'tratan de deshacerse', a los libertinos. Y, a través de tantos acercamientos y de esas extrañas complicidades diseña el perfil de su propia experiencia de la sinrazón" (Foucault, 2002: 174). El cuerpo, en *Las 120 jornadas de Sodoma* es el de retratos y detalles funcionales de los actores en su puesta en escena. Sade retrata cómo son los libertinos, las esposas, los folladores, el serrallo de víctimas, las historiadoras, etcétera. Respecto a estas últimas, "La función de narradora... es en sí parte de su ser de ramera... al igual que Sherezada, saben como utilizar el poder de la palabra, de la narración, para salvar sus vidas. La continuidad de su narración las protege de la discontinuidad de la muerte... cuentan la historia de sus vidas. Sus anécdotas sexuales determinan la forma de las orgías en el castillo y así pueden garantizarse... que no serán sacrificadas..." (Carter, 1981: 92). El retrato de los personajes libertinos es una descripción de los rasgos físicos y morales en que se precisan, con mirada casi médica, datos orgánicos, sus medidas y sexos, que son impensables en la realidad, pues el hombre soberano de Sade es este personaje fantástico-mitológico. Se trata de personajes que son la encarnación fantasmagórica de una omnipotencia social y anatómica. Este poder social de los libertinos es un desdoblamiento de su cuerpo. En este sentido, el duque de Banglis, personaje de *Las 120 jornadas de Sodoma* es un claro ejemplo:

esta madre extravagante [...] la naturaleza [...] al destinar a Banglis a una riqueza inmensa [...] decíase en el mundo que era la inmensidad de su construcción lo que mataba a todas sus mujeres, y como este gigantismo era exacto en todos sus puntos [...] este horrible coloso daba en efecto la idea de Hércules o de un centauro [...] poseía unos miembros de gran fuerza y energía, articulaciones vigorosas, nervios elásticos [...] una fuerza de caballo, el miembro de un auténtico mulo [...] se le confundía con el dios mismo de la lubricidad... apostó un día a que asfixiaría un caballo entre sus piernas, y el animal reventó en el instante que él había indicado. Sus excesos en la

mesa superaban incluso si es posible, los de la cama. (Sade, 2003: 15-19)

La descripción clásica de la literatura dará un giro con la obra de Sade, ya que éste abandona la abstracción de las descripciones clásicas al retratar a los libertinos en toda su ordinariiedad, sin por ello obedecer a ningún tipo de realismo. Es decir, estos personajes libertinos simbolizan y son el equivalente de lo que Foucault llama metafóricamente el *archipiélago carcelar* (Foucault, 1992: 124), pues cada uno de ellos representa cuatro tipos de micro poderes, como una red de aparatos dispersos. Los personajes son el duque de Banglis (nobleza), el Obispo de *** (el clero), Durcet (las finanzas) y el presidente de Curval (nobleza de toga). El retrato de las víctimas, en cambio, es abstracto; está diseñado para la adaptación del canon moral y social. Son heroínas desinteresadas de Rousseau en el mundo cruel y egocéntrico de Hobbes. Son mártires perfectas de la novela clásica, su belleza y su virtud es ideal y por eso irreal. Para Sade sólo el vicio y la fealdad pertenecen al plano de lo real, por tanto, los personajes de *Las 120 jornadas de Sodoma* encontrarán mayor voluptuosidad y erotismo en lo monstruoso y horrendo. En este sentido, Simone de Beauvoir dice:

Entre los atractivos sexuales más evidentes Sade coloca a la vejez, a la fealdad, a la hediondez. Esta conexión de la villanía con el erotismo es tan original en él como la de la crueldad y se explica de manera análoga. La belleza es demasiado simple, la captamos mediante un juicio intelectual que no arranca a la conciencia de su soledad ni al cuerpo de su indiferencia, mientras que la villanía envilece. El hombre que tiene comercio con la suciedad, como aquel que hiere o se hace herir, se realiza en tanto que carne. (Beauvoir, 2000: 47)

La descripción del retrato es la fragmentación, el desmembramiento del cuerpo, su división ordenada, su descripción obsesiva, minuciosa y sistemática, la contabilización y enumeración de las partes de un todo mecánico. El cuerpo máquina es un ensamblaje de órganos, de partes que se nombran, se

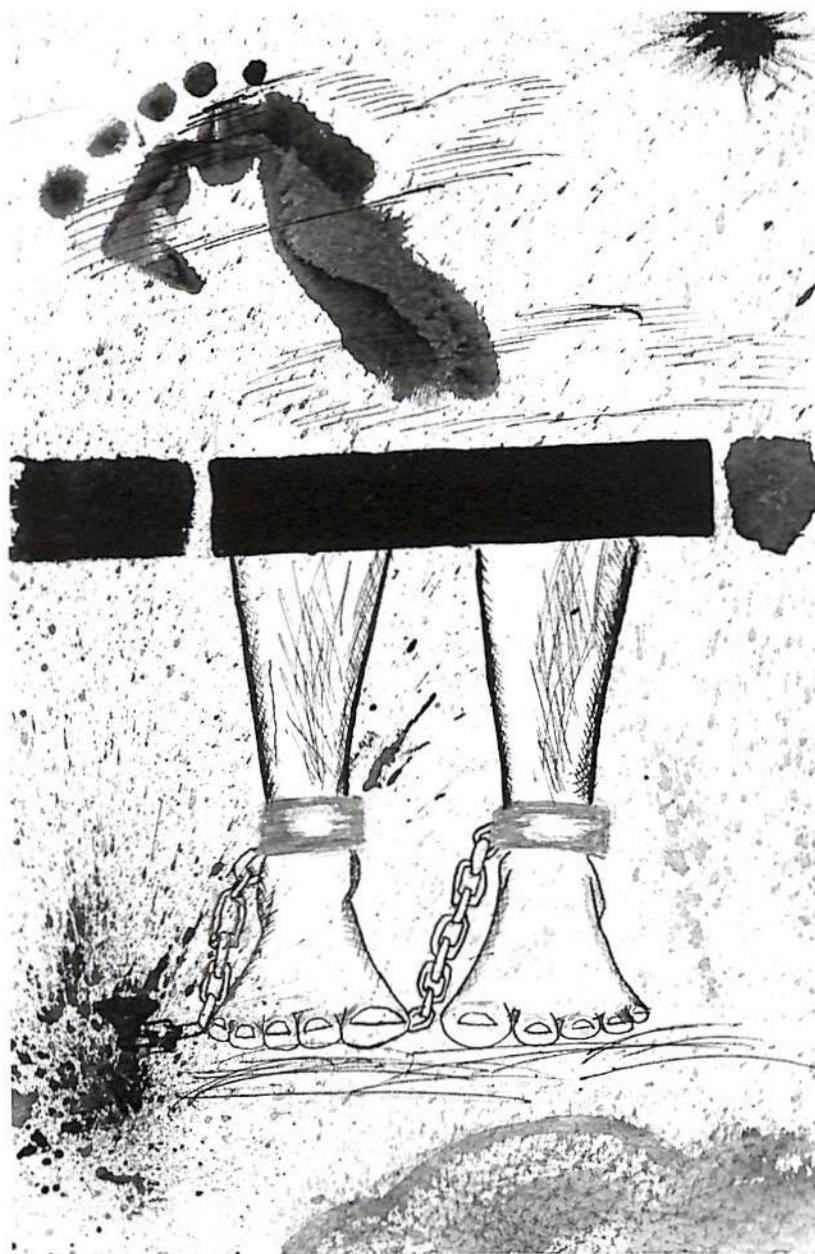
describen, se desmembran a todo lo largo de *Las 120 jornadas de Sodoma*. En este texto todo es contado: se cuentan los suplicios, los pecados, las pasiones, y lo más curioso, hasta los errores se cuentan. El cuerpo de las víctimas es infinitamente disponible y utilizado; es sometido, manipulado por la mecánica del poder de la práctica quirúrgica y la mirada médica de los libertinos; todo adaptado a sus deseos, a sus perversidades, a sus experimentos anatómicos y combinaciones lúbricas, a su atentado contra las leyes físicas y sociales. El poder del libertino alcanza el cuerpo, se inserta en los gestos y en las actitudes; es un régimen sinóptico del poder, de su ejercicio en el cuerpo social de Silling. Por ejemplo, Sade se mofa de la ley social cuando realiza las bodas de los habitantes en la sociedad sadiana, proponiendo matrimonios estériles que no producen nacimientos sino

infanticidios: “la fiesta de la decimotercera semana, en la que el Duque se casará, haciendo él de mujer, con Hércules en calidad de marido, y hacien-

do él de hombre, con Zéphire en calidad de mujer. El joven... es presentado vestido de muchacha, y así es tan lindo como el amor. La ceremonia es consagrada por el obispo y se desarrolla delante de todo el mundo” (Sade, 2003: 374). El desafío a las leyes físicas se realiza cuando los libertinos someten a sus víctimas a una tecnología quirúrgica con-

tranatural, invirtiéndoles los órganos sexuales: “después de haber cortado por completo la polla y los cojones, se le fabrica un coño al joven con una máquina de hierro al rojo vivo que hace el agujero y que cauteriza al instante; lo folla por esta abertura y lo estrangula con sus manos al correrse.” (Sade, 2003: 403).

En la primera parte del texto, el cuerpo es exhibido, luego penetrado y agredido, para terminar, en la cuarta parte del texto, llamada “el infierno”, mutilado. El



(SMO)

cuerpo es supliciado, descuartizado, amputado, estigmatizado con marcas simbólicas en el rostro o en el hombro como si fuese ganado. "las marca a todas en el hombro con un hierro candente, con el número de orden por el que quiere que se las hagan pasar" (Sade, 2003: 412). El cuerpo es ofrecido en un espectáculo, en una fiesta punitiva; el cuerpo es el blanco mayor de represión de la pena libertina, es la escena repugnante de ese teatro cruelmente humano, como en el caso de la inquisición o en los campos de concentración nazi. El poder de los libertinos es penetrado en los cuerpos; se encuentra expuesto en ellos en un control, en una vigilancia y un suplicio. Lo anatómico en Sade es modificado a capricho y manía por los libertinos, quienes hacen cortes y costuras del sistema social y del cuerpo de las víctimas: cosen y recortan, afirmando su dominio:

Aquella noche, presentan a Narcisse en las orgías; acaban por cortar le los dedos de las manos... Durcet opera, le hunden una aguja ardiente por el canal de la uretra... después le hunde un hierro al rojo en el coño y en el culo, y se la folla sobre las heridas con un condón de piel de tiburón que le desgarran de nuevo las quemaduras. Hecho esto, le descubren los huesos y se los sierran en diferentes lugares, después descubren sus nervios en cuatro lugares formando una cruz, le atan un torniquete a cada extremo de esos nervios, y lo hacen girar, lo que estira estas partes delicadas y le hace sufrir unos dolores increíbles. Le dan un descanso para que sufra más, después reanudan la operación, y, esta vez le arañan los nervios con un cortaplumas, a medida que se estiran. Hecho esto, le hacen un agujero en el gaznate, por el que agarran y meten su lengua; le queman a fuego lento la teta que le queda, después le hunden en el coño una mano armada con un escalpelo, con el que rompen el tabique que separa el ano de la vagina; retiran el escalpelo, hunden de nuevo la mano, buscan en sus entrañas y la obligan a cagar por el coño; después por la misma abertura, le desgarran el saco del estómago. Después vuelven a la cara: le

cortan las orejas, le abrasan el interior de la nariz, le ciegan los ojos dejando caer cera de España ardiente dentro de ellos, le inciden el cráneo, le cuelgan por los cabellos atándole piedras a los pies, para que caiga y el cráneo se desprenda... La abrieron, le abrasaron las entrañas en el mismo vientre, e introdujeron una mano armada con un escalpelo que fue a pincharle el corazón por dentro, en diferentes lugares. Ahí fue cuando entregó el alma. Así pereció a los quince años y ocho meses una de las criaturas más celestiales que haya dado la naturaleza, etcétera. Su elogio. (Sade, 2003: 405)

V. LA SOCIEDAD DE GASTO IMPRODUCTIVO

Los libertinos fabrican esperma en cantidad; sus cuerpos consumen para no producir; confunden el placer sexual con el de la buena mesa, pues el cuerpo está no sólo sometido al suplicio, sino que también es digerido. El canibalismo y la coprofagia en Sade es un refinamiento gastronómico y pertenece, como todo su universo, a la inversión de los valores. Un ejemplo es el siguiente algoritmo: "[uno de los libertinos] hace cagar a una muchacha A y a otra B; después obliga a B a comer el zurullo de A, y a A a comer el zurullo de B; después cagan las dos, y él se come sus dos zurullos" (Sade, 2003: 338). La identificación de los alimentos con los excrementos y la sexualidad no procreadora, sino destructiva y que diezma la población para no renovarla, conducen al aniquilamiento del individuo.

Los libertinos de la sociedad sadiana poseen un dispositivo de control de las funciones digestivas y sexuales de las víctimas, cuyo cuerpo es colonizado, alienado, obligado a trabajar en el castillo-fábrica para el amo libertino, en orden y silencio, bajo una economía del castigo y un reglamento.

Los cuatro libertinos establecen el *reglamento*. Es breve: a las 10, arriba; de inmediato, visita a los muchachos. A las 11, desayuno (chocolate, asado y vino) en el serrallo de chiquillas, que se sirven desnudas y arrodilladas. Comida, de 3 a 5, servida por las esposas y las viejas. Café en el

salón. A las 6, entrada en la sala de relatos. Las ropas femeninas se cambian todos los días. Varíase entre lo asiático, lo español, lo griego, las vestimentas de monja, de hada, de hechicera, de viuda, etc. Cuando dan las 6, la historiadora comienza su relato, que dura cuatro horas y que es interrumpido por los intervalos de placer de diverso tipo que se procuran los libertinos. A las 10, cena. Entonces comienzan las orgías del gabinete de asamblea alumbrado a *giorno*. Esto dura hasta las 2. Hay cierto número de fiestas, y todos los domingos a la noche se procede a la corrección de los muchachos y las niñas que han cometido algunos pecadillos. No se autoriza más que el lenguaje lascivo. Sólo debe nombrarse el nombre de Dios entre blasfemias. Nada de descansar. Los servicios más bajos y más repugnantes corren por cuenta de las niñas y las esposas, que deben cumplirlos con toda gracia. (Apollinaire, 1966: 51)

El amo de Silling sólo consume para no producir y sólo copula para no procrear, pues la preñez significa sentencia de muerte, como es el caso de la tortura reservada para Constance, que está embarazada: “Curval ha abierto el vientre de Constance mientras da por el culo a Giton, y le arranca el fruto, ya muy formado y destinado al sexo masculino...” (Sade, 2003: 415). Este amo sadiano sólo vive para impedir la vida de los que aportan su fuerza de trabajo y sus cuerpos, y lo que éstos producen para ser utilizado por el libertino en una economía del poder del cuerpo social. La sociedad sadiana es una sociedad de consumo puro y derroche extremo; es la negación absoluta de nuestra miserable condición: es la negación del hombre en el mundo. La interpretación que realiza Sade es una subversión audaz de la supuesta razón inquebrantable. La sociedad sadiana es una sociedad de adquisición de víctimas que producen mierda, para el gasto, el consumo y derroche de los libertinos.

En *Las 120 jornadas de Sodoma* se ha establecido una complicada burocracia para gobernar la producción y la distribución de materia fecal. Las víctimas tienen que seguir dietas especiales para

garantizar la calidad y el sabor de las heces[...] En el castillo[...] sólo se puede defecar en ciertos momentos del día y sólo con permiso de los amos, que pueden denegarlo a su antojo. La producción involuntaria de materia fecal es severamente castigada[...] Los libertinos usurpan la libertad física primaria del cuerpo. Monopolizan las producciones elementales de los cuerpos de los demás y regulan arbitrariamente las funciones físicas involuntarias[...] ni siquiera los productos de desecho del cuerpo deben desdeñarse. Todo debe ser consumido. (Carter, 1981: 98-100)

El gasto improductivo impera, ya que la posesión al estilo capitalista en esta sociedad no es más que una confortable ilusión. Sade juega con los dos regímenes que le toca vivir en carne propia: tanto de uno como de otro es víctima. Para Sade parece ser que todo modelo económico que sea propuesto por las leyes humanas y no por la naturaleza desembocará siempre en descalabros para el mundo. La actividad sexual desviada de su finalidad es para el modelo capitalista la manifestación de un gasto improductivo, pues la finalidad es justamente la productividad laboral. Sade no intenta la quiebra del sistema que vaticina, sino más bien parece que intenta un complot contra todo sistema posible.

La energía es derrochada en exuberancia y ebullición. Para Sade, el hombre es, de todos los seres, el más apto para consumir intensa y lujosamente el excedente de energía, el excedente de producción. Sade es la finalidad infinita de consumo en pura pérdida. Él es la antítesis del capitalismo; es el economista maldito del siglo de las luces, pues realiza la inversión del pensamiento económico común. En este sentido, el hombre soberano de Sade es la cima de la dilapidación. El libertino es abundante en energía y en riqueza excedente y, sin dudar, este excedente es destruido, derrochado, como sucede con el vino, la comida, todos los lujos y sobre todo las víctimas, vistas como objetos-mercancías disponibles para su degradación. Paradójicamente, esta nueva posición del hombre que anuncia Sade será también propia del nuevo régimen capitalista: el hombre sacado

del orden real y reducido a cosa o a un animal de trabajo industrial.

La víctima es un excedente tomado de la masa de la riqueza *útil*. Por ello, no puede ser tomada más que para ser consumida sin provecho, es decir, destruida para siempre. Desde el momento en que es elegida, la víctima es la *parte maldita*, destinada a la consumición violenta. Pero la maldición la libera del *orden de las cosas*, hace reconocible su figura, que desde entonces irradia la intimidad, la angustia, la profundidad de los seres vivientes. (Bataille, 1987: 96)

La negación y la aniquilación del otro como afirmación de sí mismo, como unicidad, es una dialéctica que contradice la tesis hegeliana, pues la negación de Sade no es inclusiva pues no incluye al otro, sino que lo destruye a placer para afirmarse como único soberano; pero esta unicidad, a la postre, es la aniquilación de sí mismo como apoteosis.

En la sociedad sadiana, la palabra utilidad carece de sentido, a menos que sea la del placer, que entendido como lo entiende Sade, es patología, perversión en ojos de la razón. La conservación de los bienes, la lucha contra el dolor, la reproducción y la conservación de la vida no tienen cabida en la sociedad sadiana, pues es precisamente lo que se combate, lo que se destruye sin justificar utilitariamente esta conducta, este estado orgiástico de gasto improductivo. Sade, desde su celda, se entrega a diversiones inconfesables, se sitúa al borde del extremo para satisfacer su necesidad de venganza. La actividad sexual perversa y desviada de su finalidad es para el modelo capitalista un gasto improductivo no calculado, no razonado, no compensado por la adquisición, y la adquisición de los amos de Silling es posible “a Dios gracias” por los beneficios de la guerra de los treinta años: adquisición de víctimas que son destruidas cruelmente como animales de sacrificio; pero el sacrificio en Sade parece ser que no tiene relación con la *continuidad del ser* como la entiende Bataille (1997: 87). El sacrificio en Bataille tiene el sentido etimológico de *sacro*, es decir, sagrado; por lo tanto, tiene su origen en una pérdida. En el caso de Sade parece que el tema

de lo sagrado tampoco es de gran importancia, ya que también hace mofa de esta concepción, al no proponer nada, ni crear nada de la pérdida de lo sagrado, como era en las comunidades primitivas. Por el contrario, destruye para no construir, para no crear, para demostrar la omnipotencia y humillar, pero esta humillación tampoco tiene relación con la teoría del *potlach* de las tribus americanas, ya que los sacrificios que realizan los libertinos carecen de connotaciones religiosas, y además no existe la posibilidad de devolver la humillación al rival —en este caso los libertinos del castillo de Silling. (Bataille, 1987: 28-34)

CONCLUSIÓN

Vemos a un Sade que destruye para no construir. En todo caso, su creación no es más que literaria, pues ¿cómo saber si Sade tuvo plena conciencia de su vaticinio, de su creación, sin querer crear nada, es decir, más allá de su obra narrativa? y ahora podemos preguntarnos: ¿no acaso la obra de un escritor construye una realidad? ¿No de la imaginación se conforma la realidad? Por tanto, podemos considerar a Sade como un profeta ambivalente del que no sabremos con certeza si odiaba o amaba el mundo o tenía los dos sentimientos a la vez, los cuales constituyen una complejidad que muestra el hombre en todo lo que es. Sade muestra esa parte del cuerpo humano, que es un tema olvidado o censurado por toda la tradición de saberes occidentales al servicio de la clase dominante, a la que el mismo Sade pertenece, pero contra la que arremete. De ahí su espíritu de lucha revolucionaria.

Sabemos que su ataque fue contra el régimen feudal, pero también contra lo que será el nuevo

régimen: el capitalismo. En *Las 120 jornadas de Sodoma* se puede ver claramente la combinación del poder disciplinario, el cálculo propio del capitalismo y el poder soberano y exuberante del régimen feudal; del dispendio feudal frente al ahorro capitalista; el ocio frente a la productividad; el despilfarrero contra el ascetismo; la transición de la época clásica a moderna, como lo explica Foucault.

Desmesura, gasto improductivo y orgiástico son la razón de ser y, al mismo tiempo, la justificación de la sociedad sadiana, y el tremendo descaro, reflejo del despotismo feudal. El amo libertino consume las excrecencias que pierden las víctimas y el fin de éstas es producir mierda para sobrevivir en esa sociedad.

La actividad de los libertinos se reduce a producir esperma y derro-



(JLCL)

charlo como un gasto improductivo, todo lo contrario a la acumulación en forma de grasa o de engorda de lo que va a ser el modelo capitalista. La actividad de los libertinos es condenar a los productores a una descomunal miseria, degradando su naturaleza humana. *Las 120 jornadas de Sodoma* señala un episodio de la lucha histórica de los nobles contra los innobles, de los puros contra los impuros. LC

bles contra los innobles, de los puros contra los impuros. LC

BIBLIOGRAFÍA

Apollinaire, Guillaume (1966), *El Marqués de Sade*, Buenos Aires, Brújula.

Bataille, Georges (1987), *La parte maldita*, Barcelona, Icaria.

_____ (1997), *El erotismo*, Barcelona, Tusquets.

Barthes, Roland (2001), *Sade, Fourier, Loyola*, Madrid, Cátedra.

Beauvoir, Simone de (2000), *¿Hay que quemar a Sade?*, Madrid, Visor.

Camus, Albert (1998), *El hombre rebelde*, Buenos Aires, Losada.

Carter, Angela (1981), *La mujer sadiana*, Barcelona, Edhasa.

Didier, Béatrice (1997), *Sade*, México, FCE.

Foucault, Michel (1992), *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta.

_____ (2002), *Historia de la locura en la época clásica*, México, FCE, 2 T.

Goffman, Erving (2001), *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, Buenos Aires, Amorrortu.

Sánchez Paredes, Pedro (1974), *El Marqués de sade, un profeta del infierno*, Madrid, Guadarrama.

Sade, Marqués de (2003), *Las 120 jornadas de Sodoma*, Barcelona, Tusquets.